

"La Regenta" de Clarín y la crítica de su tiempo. Por María José Tintoré. Barcelona: Lumen, 1987. 407 páginas.

A la luz del reciente centenario de la publicación de *La Regenta* (1885-1886), que daría lugar a una glorificación de dicha larga—y sin duda grande—novela en perjuicio del resto de la obra de Leopoldo Alas, resulta especialmente refrescante e iluminativa la colección de documentos finiseculares reunidos en los extensos apéndices del libro de Tintoré. Precedidos por una adecuada Introducción de la recopiladora, junto con un Prólogo a cargo de Antonio Vilanova, dichos apéndices constituyen una valiosa aportación a los estudios clarinianos. En efecto, las opiniones críticas emitidas tanto públicamente como en privado acerca de *La Regenta* entre 1885 y 1901, así como el retrato psicológico del autor que de algunos de estos escritos se desprende, dan mucho que pensar, pues además de ofrecernos un reflejo directo, inmediato y bastante completo del ambiente crítico de aquella época, esta colección puede servirle a la nuestra—a la posteridad—como espejo y hasta escarmiento, ya que en los juicios literarios no pueden dejar de interferir siempre factores humanos extraliterarios de carácter circunstancial. Los documentos mismos que integran este volumen, caracterizados por un fuerte aire de polémica, invitan al lector de hoy a entablar con ellos una especie de diálogo más allá de la cuestión de cuál fue, en su día, la recepción crítica de *La Regenta*.

El principal interés de las "Críticas" recogidas en el primer apéndice reside en las diecisiete recensiones aparecidas entre el 31 de enero de 1885 y mayo-junio de 1888, que constituyen un rico muestrario de la acogida contemporánea a la aparición de *La Regenta*, muestrario que sin embargo no refleja todas las opiniones presumibles, dado que muchos de los enemigos de Clarín optaron por recibirla con un silencio, por otra parte bastante elocuente. En contraste con los lectores de hoy, para quienes *La Regenta* es ya una obra unitaria, los de aquel entonces tendrían que aguardar no menos de seis meses entre la aparición de uno y otro tomo. Así, pues, no sólo se quedarían con el deseo de saber qué iba a ocurrir (el propio Alas se reprocharía, poco después, el haberse demorado tanto en los primeros quince capítulos sin apenas entrar en el argumento, jurando no volver a publicar nunca más en su vida una novela en dos tomos), sino también les habría quedado de la lectura del primero un último e impresionante recuerdo de doña Paula y, sobre todo, de su hijo Fermín de Pas, cuyo carácter y punto de vista dominan tanto el comienzo como el final del volumen que tenían entre manos.

¿Y qué opinan, tras de haber acabado el segundo, aquellos críticos? Los elogios—abundantes, por cierto—coinciden en gran parte con los que siguen prodigándose hoy día. La censura le pone reparos sobre todo a la composición, siendo más señalado como defecto el de su gran prolijidad: "Hay demasiadas cosas en *La Regenta*," escribe Rafael Altamira, "aunque

están maravillosamente contadas" (226); tiene una "exuberancia" o "copia excesiva" de personajes, según Jerónimo Vida (164); su "prurito de análisis . . . a la vuelta de cada página" le resulta a Baltasar Champsaur "aburridísimo" (143-44); y Natalio Vida opina que la "pesadez . . . general, es casi el único defecto" de la obra (158). Son reparos que, sobre todo emitidos por comentaristas serios y de otra parte objetivos, merecen ser tomados en consideración.

El segundo apéndice, "Epistolarios," reproduce cuatro cartas de Felipe Benicio Navarro a Narcís Oller, parte de una carta de Pereda a Oller, fragmentos de cuatro cartas de Pereda a Alas, cinco cartas de Galdós a Alas y el prólogo de aquél a la edición de 1901 de *La Regenta*. Como este último texto se ha difundido bastante recientemente, no es cuestión de comentarlo aquí. Las cartas, en cambio, nos permiten vislumbrar una vez más la misteriosa y sorprendente intimidad de nuestro autor. Los insistentes elogios de *La Regenta* que le hace Benicio Navarro a Oller dejan inferir ciertos reparos hechos en cartas suyas por este último, mientras que Pereda le dice que, "con sus enormes defectos," *La Regenta* es "la obra de un novelista de altísimos vuelos" (301). Las cartas a Alas, publicadas anteriormente en la prensa asturiana por el actual propietario de gran parte de la correspondencia a Clarín, Dionisio Gamallo Fierros, dejan entrever la asombrosa falta de confianza en sí mismo como novelista que tantísimas veces se revela en el epistolario del autor. Pereda vuelve a asegurarle que en efecto, posee "extraordinarias aptitudes" de novelista (308), mientras que el admirado maestro Galdós escribe a su amigo: "Es Ud. un gran novelista." Estas cinco cartas de Galdós constituyen, tal vez, el documento más interesante del libro, y permiten comprender por qué tardaría el novelista canario tanto tiempo en terminar su antes referido prólogo a *La Regenta*. Junto con las alabanzas que le hace (celebra sobre todo el personaje del Magistral, así como la "gracia" [312], "vena satírica" [319], y "golpes dramáticos" [320] de la obra), Galdós le encuentra dos "defectos grandes": sus "dimensiones" y la "preocupación de la lujuria" (311). "Vd. ha visto demasiado," le escribe. "Ha querido pintar todo lo que ve y vaciarlo en una sola obra" (312). También en "la historia de la Regenta . . . ha puesto Vd. demasiadas cosas" (313). Esta, concluye, "me gusta menos que sus dos amantes. . . . [V]eo dos o tres mujeres donde sólo debía de haber una" (320). También son observaciones dignas de ponderar.

El tercer apéndice, "Polémicas literarias," reúne escritos—algunos de ellos muy acerbos—de varios defensores y detractores de Clarín, así como del propio autor, siendo de más interés, quizá, los que se refieren al famoso debate acerca de la acusación de plagio que le había hecho Luis Bonafoux. Es una pena que no se hayan reproducido también aquí las calumnias del amargo portorriqueño. Asimismo, es una pena que esta importante recopilación de María José Tintoré carezca de buenas notas y de un índice onomástico, que facilitarían mucho su consulta.

En cuanto a la posteridad . . . Los juicios emitidos cien años ha, dan en efecto bastante que pensar.

CAROLYN RICHMOND

*Brooklyn College and
The Graduate Center, CUNY*

Las armas abisinias. Ensayos sobre literatura y arte del siglo XX. Por Guillermo Carnero. Barcelona: Anthropos, 1989. 415 páginas.

Este volumen, bellamente impreso y presentado por Editorial Anthropos, nos ofrece una colección de ensayos sobre temas de los más candentes y centrales de la literatura y el arte de nuestro siglo. La amplia curiosidad intelectual de Guillermo Carnero lo ha llevado a tocar autores y asuntos tan dispares como la teoría del modernismo, "primitivismo, sensacionismo y abstracción," "la gastronomía del futurismo," Salvador Dalí, J. Moreno Villa, V. Aleixandre, M. Hernández, la poesía social y la novela realista. Su sensibilidad y agudo juicio crítico, sus conocimientos poco comunes y la comprensión singular de los fenómenos artísticos del siglo XX, hacen de este libro una obra de consulta imprescindible para todo aquél que sienta la inquietud que suscita la vasta y compleja dinámica de los movimientos intelectuales de nuestro siglo.

El primer ensayo, sobre "el concepto de responsabilidad social" en Unamuno, resulta de gran interés al plantear en textos de cuatro décadas la cuestión, tan discutida y manoseada durante los años treinta, sobre la responsabilidad del intelectual, su adscripción a un partido o su libertad como artista. Habiendo meditado seriamente sobre el problema, Unamuno ofrece valiosos antecedentes para las actitudes más libres e independientes.

En torno a los movimientos de vanguardia giran una serie de estudios que ocupan como un tercio del libro. Suscita especial interés el trabajo sobre orientalismo y japonesismo en su transición del exotismo modernista a la precisión vanguardista del haikú (64-83). El rechazo del sentimentalismo y descripcionismo, y la presencia del yo del autor, constituyen aspectos de una poética que nos sugiere parentescos con ciertas normas vanguardistas y con el purismo que con ellas se inicia en la poesía española. Buceando en el mundo de las vanguardias, Carnero amplía considerablemente su enfoque en el ensayo "Primitivismo, sensacionismo y abstracción como actitudes de ruptura cultural en la literatura y el arte de vanguardia" (84-111), centrado en movimientos artísticos europeos, no necesariamente literarios, de gran capacidad de irradiación, como el futurismo, cuyas actitudes y técnicas expresivas (simultaneísmo, aeropintura, etc.) resaltan